

CONVIDVIENDO



La pandemia nos ha robado muchos momentos y nos ha dejado recuerdos de amargura y para la reflexión. Pero también nos ha regalado situaciones únicas y divertidas. En ocasiones surrealistas. He aquí un capítulo más de nuestra bibliotecaria más excéntrica, que, en tono de humor, nos acerca ese otro lado, menos oscuro, de la situación.

Querid@s compañer@s del metal, tras despedir el fatídico 2020 con un “¡Hasta nunca!” y casi a punto de cumplirse un año de aquel primer estado de alarma, os escribo desde mi puesto de trabajo: el mostrador de mi biblioteca. El lugar que vivió la desolación del cierre, el silencio y la soledad. Y el lugar que, como siempre, ha sabido adaptarse a los tiempos y a las circunstancias. Renovarse o morir.

Hoy, una mampara de plástico me separa de los estudiantes, cubiertos sus rostros con mascarillas, separados por metro y medio de distancia de seguridad y secas sus manos de gel hidroalcohólico. ¿Quién les iba a decir, hace un año, que éstas iban a consumir más alcohol que sus hígados? Y quién que, para saber a qué hora debían volver a casa, tendrían que consultar el BOE en la biblioteca. ¿Quién nos iba a decir que íbamos a vivir esta pandemia, esta distopía? ¿Quién nos lo iba a decir?

Mientras guardo las devoluciones en una caja para que pasen la cuarentena, y desinfecto el mostrador y mis manos, y atiendo los pedidos que recibo online -un servicio que vino para quedarse- me asaltan estos y otros tantos pensamientos. Algunos angustiosos. Sin embargo, hoy, con la esperanza puesta en las vacunas y la vista en el final del túnel, deseando derrotar al enemigo, cerrar ese paréntesis que comenzó el 11 de marzo y poner un punto y final a esta situación, hago un esfuerzo por quedarme con “esos otros momentos” de la pandemia épicos. Esos momentos tragicómicos de CONVIDvencia que he sufrido en casa y en la biblioteca. Algunos de verdadero sainete. Empezando por lo personal, os diré que el 11 de marzo quedará en mi memoria como aquel día en el que, decidida a divorciarme y recobrar mi soltería y libertad, se declaró el estado de alarma y, lejos de separarme, me vi obligada a CONVIDvir con mi *espeso*, “en amor y compañía”. Podíamos haber aprovechado la situación para resolver nuestras diferencias. Pero, muy al contrario, no fue así. Y, a medida que iban pasando los días, las cosas fueron empeorando. Descubrir la peor versión de él, su lado oscuro (día y noche en pijama, bata y zapatillas de braser, con barbas y carácter de pitufo gruñón, unas raíces imposibles que la naturaleza destapó, y demás lindezas) no contribuyó en absoluto a una reconciliación sino, muy al contrario, a reafirmarme en la idea de “Si no le aguantas, le plantas”.

Otro momento para la historia, que no olvidaré (la báscula se encarga de recordármelo todas

las mañanas) es esa etapa de encierro en la que me entregué en cuerpo y alma -pero, sobre todo, en cuerpo- a la cocina y repostería fina. En mi recuerdo y, especialmente, en mis carnes, han quedado grabados a fuego esa masa madre, ese azúcar en todas sus versiones (blanca, morena y glas), ese chocolate negro, con leche, blanco o fondant... y el estrés, “escuatro” y “escinco” que me produjo la condena junto a mi *espeso*. Todos, pero especialmente él y tomarme al pie de la letra el término PANdemia, tuvieron la culpa de los doce kilos que aún luzco hoy, de que el edredón se me haya quedado pequeño y de que *Google Maps* haya estado a punto de declararme rotonda. Pero lo peor no fue esto sino ver que mientras yo subía un kilo por semana, mi *espeso* y la perra, que no pararon de pasear en pleno confinamiento, llevaban el mismo ritmo que yo, pero en sentido inverso. Nunca ha querido sacar al animalito a la calle, alegando que es mi capricho barra responsabilidad, y resulta que nos encierran en casa, y dice que la perra necesita airearse y que, además, tiene cistitis... Y tanto pasearla y tanto adelgazar (que no había día que no llegara



la pobre deshidratada y con la lengua fuera), aquella dulce bodeguera es ahora una histérica chihuahua de bolsillo y mi esposo luce unas patillas de jilguero que ya las quisiera yo (él *fitness* y yo *foodness*). Y desde entonces, cada vez que le digo al can que vamos a la calle, se esconde debajo de la cama. Le comento a mi *espeso* que la ha "traumado", que sufre agorafobia y sabe que ha intentado reducirla, como si de una cabeza de jíbaro se tratara, y me replica que los perros son el fiel reflejo de sus amos, y que ésta es como yo, una neurótica. Así que ahora voy al psiquiatra con la perra. Bueno, con la perra y con él (otro momento para el recuerdo). Pero él no va por este motivo, sino porque, además de haberse hecho campeón del mundo en salto de confinamiento (no sale de casa), no ha superado que yo, un día de buena mañana, entrara en la ducha en pelota picada. "¡Tápatate, c..o!"—dijo, poniendo el grito en el cielo. Y no es que le impactaran mis nuevas y rollizas carnes, no. El problema fue que estaba sentado en el retrete, con el portátil sobre sus rodillas, haciendo de vientre (desde que esto empezó se hace caca literalmente) y dando una teleconferencia al tiempo. Y, ¡vaya por dios!, mi calvo fue la comidilla de la empresa. el motivo de que le mandaran al paro y el causante de mi desgracia: ¡adiós divorcio! El caso es que, desde entonces, no hay un día que no me reproche que mi atuendo no fue apropiado, como si utilizar el excusado para una reunión de trabajo fuera lo correcto. Claro que yo tampoco he dejado pasar un día sin echarle en cara que Valle-Inclán estuvo confinado ocho meses durante la segunda ola de la gripe y escribió *Luces de Bohemia* mientras él sólo ha conseguido quedarse en el paro. Ni he dejado de suplicarle aquello de "¡Si me queréis, irse!". Especialmente desde que me dijo que iba a esperar a ver si *Mercadona* sacaba una vacuna de la marca *Hacendado* para que vacunarme le saliera más económico, que, según parece, hay que compensar lo que gasto en productos de estética *Deliplús* (cuando me quite la mascarilla y vea que me he dejado bigote, no creo que opine lo mismo). En fin, imenuda *cuareterna*!, el día menos pensado —lo confieso— voy a dejar de él un *steaktartar* con gafas.

En el plano laboral, también me ha tocado *COntVIDvir* con otros bichos, sufrir secuelas y vivir momentos para la gloria. El primero fue cuando, para formar filas, nos dijeron que, previamente, debíamos pasar por el centro de salud para hacernos una PCR. ¡Madre mía! Estaba en el consultorio, con los ojos

cerrados, la boca abierta y la lengua fuera cuando sentí que la torunda entraba por la nariz. Y se ve que, como mi apéndice nasal es grande, no encontraban la salida y casi me la sacan por el ojo. Pero, es más, aún no me había recuperado cuando, de pronto, sentí la misma maniobra por la otra fosa nasal. En esa ocasión, juro que me tocaron las meninges. Salí de la consulta llorando, mareada, con el dedo corazón tieso como una vela y con un TOC en el ojo (no digo en cuál de los tres) que me hace guiñarlo compulsivamente cada vez que siento el peligro cerca. Que, al lado de mi *espeso* y los *osoarios*, es siempre. La verdad, prefiero un tacto rectal a una PCR.

El segundo momento épico llegó de la mano del resultado negativo. Ese día, mientras dejaba a *miespeso* en casa y admitía, muy a mi pesar, el excusado como *work& free wifi zone* para buscar empleo, es decir, se quedaba a su "rollo", yo acudía a la biblioteca para trabajar de forma presencial y enfrentarme al Covid, a los *OSOarios* y demás animalitos... todos con más peligro que un tiroteo en un ascensor.

Abri las puertas de la biblioteca, dispuesta a trabajar y a enfrentarme a todo bicho viviente, mientras reflexionaba sobre cómo se telelimpia desde casa.

"¡Que tengas una buena jornada, gua-pa!" — me dijo mi *espeso*. La verdad, está una tan necesitada de cariño en estos tiempos que, por un instante, olvidé todo lo vivido y me acerqué a él con la intención de darle un beso. Pero, claro, mi *espeso* enseguida me recalcó: "¡Eeeh, a metro y medio, gua-pa!". Dice que es por si tengo el Covid, pero yo sé que espera no contagiarme él a mí. En mi casa hay más cuernos que en un saco de cacahuetes. Y la única emoción que tengo ahora es sacar la basura a las 23:45 h. Sin el beso, y con el bolso en la mano, me miré en el espejo para confirmar que, al menos, estaba

gua-pa como decía. Al verme y observar que llevaba la mascarilla puesta, comencé a darle bolsazos en la cabeza y, concluyendo con un "¡Vete a ca..r!", me fui a la biblioteca.

No olvidaré de aquel día dos cosas más. Una, el calor (literal) de mis *osoarios* al recibirme (a diferencia de mi marido, para estos no hay pandemia que les impida abrazarme). Mi *lover*, después de tanto tiempo sin verme, me estrujó contra él mientras me susurraba al oído: "¡Buenos días nos dé el Señor, preciosa!" Y dos, el escalofrío que sentí cuando, una vez dentro-"¡Holaaa!"-, constaté que no había un alma. Mis compañeros se habían dado a la fuga. Vamos, que estaba sola ante el peligro. El TOC se me activó. Especialmente después de una llamada del Concejal confirmándome que todo el personal del Ayuntamiento (incluido el bibliotecario y el de limpieza) se encontraba teletrabajando en casa. ¡Todos menos yo, claro! Unos por ser población de riesgo, otros por depresión, la mayoría por el artículo 33 y él y toda la cúpula porque, si se contagiaban, se hundía el barco (¡Cobardes! En un ERTE les ponía yo a todos). Concluí entonces que, estos, igual que mi *espeso*, también padecían diarrea (algunos, además, mental). Y encontré respuesta a la cuestión de porqué España se quedó desabastecida de papel higiénico.

De esta manera las cosas, ellos echándole morro y yo con el mío torcido y sudado (por la mascarilla y la menopausia), abrí las puertas de la biblioteca, dispuesta a trabajar y a enfrentarme a todo bicho viviente, mientras reflexionaba sobre cómo se *telelimpia* desde casa. Detrás del mostrador, con la mascarilla puesta y flanqueada por el mocho, el trapo y la lejía, me dije, a tope de *power*: "No necesito a nadie. Soy como Arabia Saudí, de energía voy sobrada".

Y así he estado trabajando hasta hoy. Viendo lo de siempre y más. Que hay tantos *osoarios* como mascarillas (las quirúrgica, las FFP2, las MO portuguesas, las más *fashion* y también las más caseras, como la de esa usuaria octogenaria que se la hizo a ganchillo apretado) y modalidades (para tapar boca y nariz, para tapar nariz y no boca, para tapar boca y

no nariz, para cubrir la barbilla, las que bajan hasta el cuello a modo de gargantilla, las que se llevan en el antebrazo cual brazalete o las que lucen en las muñecas a modo de pulseira). Hace unos días, sin ir más lejos, le dije a un *osoario* que llevaba una quirúrgica en la modalidad de tapar boca y no nariz, que si no se la ponía correctamente, me vería obligada a expulsarle. Y lejos de ponérsela bien, se la arrancó de cuajo, y comenzó a gritar: "¡Illa, Illa, Illa, aquí no hay mascarilla!". "Caballero, no grite, por favor" – le suplicaba yo mientras empecé a guiñar el ojo compulsivamente. "¡A mí no me tapa la boca ni Dios!" – me contestó con segundas. Y mientras le acompañaba hacia la puerta, me iba argumentando que somos una sociedad de borregos, que el virus no existe, que con la vacuna nos van a manipular genéticamente y que nos da miedo buscar la verdad. Le iba a haber pedido, como buena bibliotecaria, que me diera sus fuentes y referencias bibliográficas para documentarme. Pero la verdad, yo, que he vivido mucho (tengo en mi cuerpo más noches que el camión de la basura), preferí seguirle la corriente y seguir creyendo en la humanidad. Capítulo aparte requieren los *osoarios* que, llevando bien puesta la mascarilla, van siempre con la misma. Y, por último, los que se las quitan para estornudar. Así que, de esta manera las cosas, con las mascarillas de aquella manera, los estornudos por doquier y tanto negacionista suelto, me paso el día con las ventanas abiertas y con un frío de narices, nunca mejor dicho. Acabo de atender a un *osoario* que se ha acercado al mostrador para solicitarme, de forma premonitoria, la película "Saliva va y los cuarenta contagiados" cuando se ha quitado la mascarilla, ha estornudado estrepitosamente, de forma que hasta le ha salido un Calipo por la nariz y me ha dejado la mampara (¡Bendito sea Dios!) a lunares...y a mí a cuadros. Le he sugerido que, mejor que esa película, se llevara "Alicia en el país de las mascarillas" y "A dos metros de la gente". Me parecían más apropiadas, a la par que didácticas. Y, por mi parte, me he prestado "Un virus viene a verme" y me he ido a casa.

CONCLUSIÓN: Si convivir es difícil, CONVIDvir ¡un *sindiós!* ▴